

## GETSEMANI [\*]

## LA MUERTE DE JULIA.

Hombre fuí de dolor desde la cuna:

Mi pecho, en vez de sangre, anima el llanto.

O mas bien, el Señor hasta el encanto

De llorar me ha negado, y una a una

Mis lágrimas en piedra ha convertido.

En continua tristeza sumergido,

[\*] Colocamos aquí, antes de que el autor salga de Jerusalen y de las grutas de Getsemaní, que acaba de describir, unos versos que compuso catorce meses despues de la pérdida de su hija única, versos cuya escena é imágenes se refieren á los sitios que acaba de visitar. Estos versos que el autor ha tenido la bondad de permitirnos insertar en esta edicion, nunca se han publicado, ni aun se los ha leído él nunca á ninguno de sus mas íntimos amigos.

Cualquiera lo comprenderá al leerlos.—*Nota del editor francés.*

Mi corazon ya la ama;

Mi miel es la amargura;

A toda sepultura

Un instinto hermanal siempre me llama:

Toda desolacion a sí me inclina;

No hay camino que grato a mi alma sea,

¡Ay! como en él no vea

Una fúnebre cruz, una rüina!

Si encuentro una floresta

Que cubre un puro cielo,

O una playa repuesta,

Paso y clamo con hondo desconsuelo:

—Sitio para el placer y la ventura;

Mas no ¡oh dolor! para mi acerbo duelo!—

Solo para el gemido

Tiene un eco mi espíritu doliente;

Mi corazon herido

Su patria verdadera

Halla dó quier que triste se lamente

Una voz lastimera.

Mi lecho maspreciado,

Un suelo inculto fuera,

Con llanto y con cenizas amasado.

¡Por qué? por qué? me preguntais.—Yo mismo

Decirlo no pudiera:

Si de este negro abismo

Las olas revolviere.

Mi boca con sollozos respondiera:  
 ¡Quién mi llagado corazón rasgara,  
 Leer en él lograra!  
 La muerte en cada fibra le ha herido  
 Con su oculto veneno;  
 Sus latidos son lentas agonías;  
 Como las gemonias,  
 De muertos está lleno.  
 ¡Presas de la amargura,  
 Mi alma es una inmensa sepultura!

Y así, cuando a los márgenes sagrados  
 Fuí donde al Salvador morir le plugo,  
 Los sitios no busqué santificados,  
 Donde, humildes los pobres, su camino  
 Alfombran con palmas;  
 Donde el Verbo Divino  
 Con su voz revelábase a las almas;  
 Dó el Hosana sus pasos triunfadores  
 Reverente seguía;  
 Dó sus manos regadas con el llanto  
 De las santas mugeres, los sudores  
 De su frente enjugando.  
 Y su afán y su ardor desvaneciendo,  
 A todo tierno niño  
 Con paternal cariño,  
 Iban acariciando y bendiciendo.

“¡Llebadme, padre mio,  
 “A los sitios llebadme dó se llora!  
 “A aquel fúnebre huerto congrado,  
 “Dó el Salvador del mundo, abandonado  
 “Del Padre y de los hombres, sudar quiso.  
 “Aquel sudor de sangre, que precede  
 “Al momento postrero!  
 “Idos, dejadme solo, porque quiero  
 “Ver cuanta angustia puede  
 “Padecer en una hora  
 “Un alma sin consuelo, cual la mía.  
 “¡Este es mi altar, mi culto es la agonía!”

Al pié del solitario  
 Monte de los Olivos,  
 Hay a la sombra de los altos muros  
 De dó cayó Sion desmoronada,  
 Un sitio a dó jamas los rayos puros  
 Del sol descenden: casi desecada,  
 Del Cedron la corriente  
 Filtra allí lentamente  
 Un agua escasa entre sus dos riberas:  
 El Josafat allí, de sus colinas  
 Con las mústias laderas,  
 Se abre con un sepulcro: en vez de césped  
 Hace la tierra germinar rüinas;  
 Y las raíces de los viejos troncos,  
 Que los siglos desgajan,  
 Las blancas piedras de las tumbas rajan.

Abrese allí la garganta tenebrosa  
 Adonde el Hombre del dolor, la angustia  
 Probó del trance de la muerte, cuando  
 Tres veces despertando,  
 A sus tibios amigos les decía:  
 "¡Velad, velad, velad en mi agonía!"  
 Allí trémulo el labio se figura  
 Que prueba todavía  
 Del cáliz de amargura  
 Las gotas en el suelo ensangrentado;  
 Y todavía en el sudor helado  
 Del fatal sacrificio,  
 El enhiesto peñon está empapado.

En las manos la frente,  
 Allí en la piedra me senté, pensando  
 En lo que aquella víctima inocente  
 Pensó en la soledad, y repasando  
 En mi agitada mente,  
 Todas las amarguras de mi vida.  
 Luego, en fin, mis sentidos embotando  
 Misterioso beleño,  
 Esta ánima afligida  
 Quedó en hondo letargo sumergida. . . .  
 ¡Oh Dios mio! cuán triste fué mi sueño!  
 Yo, no léjos de allí, dejado había,  
 Bajo el ala materna  
 Mi hija, mi cuidado, mi tesoro:

Su frente a cada Abril se embellecía  
 Bajo sus trenzas de oro;  
 Pero su alma tenía  
 La edad en que el Señor à sí las llama.  
 No podia su imágen desprenderse  
 De ojos que alguna vez la contemplaron;  
 Y nunca sin volverse,  
 Para envidiar mi dicha  
 Pasar los otros padres la miraron!

¡Ah! de mi larga tempestad la sola  
 Reliquia era esa niña; el solo fruto  
 De tantas dulces flores,  
 Postrer vestigio ya de mis amores;  
 Al partir, una lágrima, y un beso  
 En el feliz momento del regreso;  
 Una perpetua fiesta en mis hogares,  
 Un destello del sol en mi ventana,  
 Una ave que anidábase en mi pecho,  
 Un aliento a compas junto a mi lecho,  
 Una caricia y mil por la mañana!

¡Mas era! De mi madre era la imágen.  
 En sus hermosos ojos,  
 De aquella la mirada me volvía,  
 Y mi tiempo pasado  
 Por ella en porvenir me renacía,  
 De suerte que mi dicha solo había  
 De semblante cambiado.

Era su dulce acento  
 El eco de diez años de ventura;  
 En llanto de ternura  
 Su mirada mis ojos inundaba;  
 Su angélica hermosura  
 De encanto el aire en derredor poblaba;  
 Su sonrisa mi pecho iluminaba!

En cuantos pensamientos  
 En mi rostro leía,  
 El suyo se teñía;  
 Como un reflejo sus azules ojos  
 Eran ¡ay! de los míos:  
 Todos mis sentimientos,  
 Mis dichas, mis enojos,  
 Pintábanse en su frente,  
 Como una sombra en cristalina fuente.  
 Mas cuanto se ecshalaba de su pecho  
 Era puro y suave,  
 Y nunca de su rostro  
 Era severa la espresion y grave,  
 Sino cuando, cruzadas en las manos  
 De su madre las suyas,  
 Con la frente inclinada  
 Imploraba al Señor arrodillada.  
 Soñaba yo que à aquella sacra orilla  
 Me habia acompañado,  
 Y que alegre, encantado,

La tenia sentada en mi rodilla;  
 Sus bellos piés ceñia con un brazo,  
 Con el otro su cuello,  
 Reclinada mi sien en su regazo.  
 De su suelto cabello,  
 Suavísimo tesoro,  
 Besaba yo las largas hebras de oro  
 Con ternura paterna:  
 El marfil de sus dientes relucia  
 Entre sos rojos labios que entreabria  
 Una sonrisa eterna!

Para vibrar su corazon al mio  
 Y filtrar en mi pecho su alma toda  
 Como un puro rocío,  
 Ni un punto de mis ojos apartaba  
 Sus miradas suaves,  
 Y ¡oh Dios! tú solo sabes  
 Cuanto amor en el fuego se enoerraba  
 Con que mi corazon la cobijaba!  
 Indecisos a fuerza de cariño,  
 Do posarse mis labios no sabian:  
 Provocábalos ella, como un niño,  
 Con júbilo inocente,  
 Y a un tiempo a mis caricias se ofrecian,  
 Su boca, sus mejillas y su frente.

Y en este corazon que tanto la ama,  
 Yo decia al Señor: "¡Señor, Dios mio!

¡Ah! cuantos bienes para ella ansío,  
 Bajo sus piés derrama!  
 Dale toda mi parte de ventura,  
 Y miétras me ilumine la luz pur  
 De esos ojos, mi encanto,  
 De amor y gratitud perpetuo canto  
 Entonará mi labio en tu alabanza.  
 ¡Ah! ¡cól mala, Señor, de bendiciones,  
 Haz por ella que en todas acasiones  
 Frutos logre la flor de su esperanza.  
 Guárdale un nupcial lecho,  
 Y de un esposo enamorado el pecho.”

Y mientras de esta suerte dirigia  
 Mis súplicas al cielo, no advertia  
 Que aquellos piés helábanse en mi mano,  
 Y que su frente sobre mí inclinada  
 Cada vez iba siendo mas pesada.  
 ¡Julia! Julia! ¿por qué tu rostro muda?  
 Por qué esa palidez? por qué tu frente  
 Heladas gotas suda?  
 ¡Deja esos juegos, ángel inocente!  
 Háblame, Julia! tu halagüeño acento  
 Vuelve a mi corazon su movimiento!

Mas el azul matiz de los difuntos,  
 Sus labios cadavéricos ceñía,  
 Inmóviles y juntos;  
 Apénas comenzaba,

En ellos la sonrisa se perdia:  
 Su resuello salia  
 Nas breve y presuroso, y de cansada  
 Ave el ala batiente parecia.  
 Junto a su corazon ouesto el oido  
 Con indecibl angustia,  
 Seguir queria su menor latido,  
 Y cuando cayó en fin helada y mustia  
 Y huyó su alma en su postrer aliento,  
 ¡Ay! en aquel momento,  
 Mi corazon murió en el pecho mio,  
 Cual malogrado fruto que una madre  
 En sus entrañas lleva muerto y frio!

Y ciñendo despues con brazo inerte  
 Mas que mi vida, como un hombre que anda  
 Herido ya de muerte,  
 Me encaminaré al altar, y sobre el mármol  
 Tendí el cadáver; sus cerrados ojos  
 Selló la boca mia,  
 Y tibia todavía  
 Aquella frente inanimada estaba,  
 Como de una aveçilla que ha vivido  
 Solo una aurora, el nido  
 Que de dejar acaba!

Y así sentí en una hora, ¡eterna hora!  
 Pasar siglos de horror, mar de angustía;

Y de mi corazon ocupó el sitio  
 Un inmenso dolor, y á Dios le dije:  
 “Ella mi solo bien era, ¡Dios mio!  
 Mis últimos amores  
 Se habian concentrado  
 De ese amor en la llama;  
 Para mí reemplazaba, tú lo sabes,  
 A cuanto ser amado  
 Habíame la muerte arrebatado:  
 Era el único fruto que en la rama  
 Pendiente subsistia,  
 Despues de un negro y borrascoso día!

“De mi rota cadena  
 Era el solo eslabon; en mi horizonte  
 La sola lontananza azul, serena;  
 Para que resonara mas suave  
 Su nombre en mi morada,  
 Un melodioso nombre le pusimos:  
 En ella mi universo se cifraba;  
 Era la voz que siempre me encantaba,  
 El hechizo, el cuidado de mis ojos,  
 Mi perpetua alegría,  
 Y mi noche y mi día!

“Era el espejo en donde  
 Mi corazon amábase en su imágen:  
 Mi feliz juventud fija en su frente,

De mi dicha un destello permanente;  
 “En un puro semblante,  
 Lleno de perfecciones,  
 Compendiados, Señor, todos tus dones  
 Dulce carga que amante  
 A mi cuello su madre suspendia:  
 Estrella que amorosa me miraba,  
 Flor nacida en mi seno,  
 Voz deliciosa en que mi voz vibraba,  
 Vivo cielo sereno,  
 Que me inundaba en deliciosa calma;  
 Luz de mis ojos, vida de mi alma!

¡Oh implacable justicia! Toma! toma!  
 Sacia esa eterna sed de angustia y muerte!  
 Mil horribles tormentos padeciendo,  
 Yo mismo en tu altar fúnebre la tiendo,  
 Si ya este corazon atribulado,  
 El cáliz ba apurado,  
 Rómpele en fin... ¿Qué mas angustias quieres,  
 ¡Ay! que despedazar mi pecho puedan?  
 ¡Hija mia! mi vida!  
 Ahí te veo tendida,  
 Y de tí no me quedan  
 Mas que estas trenzas de oro  
 Que yo mismo corté sobre tu frente,  
 Y que perpetuamente  
 Miéntras eesista, bañara mi lloro.”

Un sollozo, arrancado  
De lo mas hondo de mi pecho, entonces  
Me despertó; la piedra que de asiento  
Le servia á mi cuerpo aletargado,  
Goteaba un sudor frio, sangriento:  
El horror en mis párpados habia

Dos lágrimas helado;  
Mi frente cual la nieve sentí fria  
De mi mano al contacto! No, su nido  
El águila tan rápida se lanza  
Como yo á mis hogares, dividido  
El pecho entre el temor y la esperanza.  
Llego en fin: de sollozos un doliente  
Eco, de mi desierto umbral salia:  
El amor suspendia

Por mí su hora postrera,  
Y que aguardaba solo a que volviera  
Yo, para fallecer ¡ay! parecia!

Todo en mi árido hogar ora está muerto:

Siempre en llanto anegados  
Dos ojos siempre inconsolables veo.  
Voy sin saber adonde; ni un deseo,  
Ni una esperanza animan mi ecsistencia,  
Los brazos abro en ciego desvarío,  
Y solamente abrazan el vacío.

Del hado la inclemencia  
Me quita hasta el consuelo  
De dirigir mis súplicas al cielo. . .

Mas Dios es quien te hiere, ¡oh alma mia!

No te quejes en vano:

Ten fortaleza, en tu Hacedor confia,

Y besa en tu dolor su santa mano! . . . . .

4 de Noviembre, 1892.

Hemos pasado la tarde y la noche en el desierto de S. Juan, despidiéndonos de nuestros excelentes religiosos, cuya memoria nos acompañará siempre; el recuerdo de las virtudes humildes y perfectas dura en el alma, como el perfume de los olores de un templo que se ha atravesado; entregamos á aquellos buenos padres una limosna apenas suficiente para indemnizarlos de los gastos que les habiamos ocasionado; contaron por nada el peligro que les habiamos hecho correr, y me suplicaron que los recomendase á la proteccion del terrible Abugosh, a quien debia volver a ver en Jeremías. Salimos antes de amanecer para evitar la importunidad de los beduinos de Belen y del desierto de S. Juan, que no se cansaban de seguirme y empezaban a amenazarme. A las ocho de la mañana ya habiamos pasado las altas montañas que coronan la sepultura de los Macabeos, y estábamos sentados bajo las higueras de Jeremías, fumando una pipa y tomando café con Abugosh, su tío y sus

hermanos. Abugosh me colmó de nuevas señales de atención y benevolencia; me ofreció un caballo, que rehusé, por no tener que hacerle otro regalo, porque aquel regalo hubiera parecido un reconocimiento del tributo que generalmente impone á los peregrinos, tributo de que los ha escusado Ibrahim; puse bajo su salvaguardia á los religiosos de S. Juan, de Belen y de Jerusalem. Luego he sabido que en efecto fué á libertarlos de las duras escusencias de los beduinos del desierto; no sospechaba él, sin duda, cuando yo le pedía su protección para unos pobres religiosos francos desterrados en sus montañas, que ocho meses despues habia él de enviar á implorar la mia para obtener la libertad de su propio hermano, conducido prisionero á Damasco, y que yo tendria la fortuna de serle útil á mi vez. Tomado el café, y repuestos nuestros caballos, volvimos á ponernos en camino, escoltados por la inmensa poblacion de Jeremías, y fuimos á acamparnos al otro lado de Samla, en un soberbio bosque de olivos que rodea la ciudad. Rendidos de cansancio, y sin víveres, hicimos pedir la hospitalidad de los religiosos de la Tierra Santa, quienes nos la negaron creyendonos apestados; quedámonos pues sin cenar, y nos dormimos al son del viento del mar meciendo las copas de los olivos. Allí fué donde la Virgen, S. José y el Niño pasaron la noche en el campo en su huida á Egipto.

Estos pensamientos hicieron que nos pareciese la cama ménos dura.

Salimos de Ramla á las seis de la mañana, y fuimos á almorzar á Jafa á casa de M. Damiani;— pasamos un dia descansado y disponiendo las provisiones para volver á Siria por la costa.

Nada es mas delicioso que estos viages en caravana cuando el pais es hermoso,—cuando los caballos bien descansados andan ligeramente al salir el sol por un terreno liso y arenoso; cuando los puntos de vista se suceden sin monotonia; cuando el mar, sobre todo, que nos envia al rostro la fresca ondulacion del aire, producida por sus leves y regulares oleadas, se desarrolla verde y azul á los piés de los caballos, y le arroja á uno de cuando en cuando las polvorosas gotas de su espuma; este era el placer que experimentábamos miéntras íbamos costeando el bellissimo golfo que separa a Caifá de S. Juan de Acre.

El desierto formado por la llanura de Zabulon está escondido á la derecha por las altas junqueras y por las copas de las palmas que separan la playa de la tierra: se anda sobre una capa de arena blanca y menuda, regada continuamente por la marejada; el golfo, ceñido al oriente por la alta punta del cabo Carmelo, coronada por su monasterio, y al occidente por las blancas murallas ruinosas de San Juan de Acre, parece un vasto lago, donde cualquiera diria que las mas pequeñas bar-



cas pueden dejarse mecer impunemente por las olas, y sin embargo no es así; la costa de Siria, en todas partes peligrosa, lo es aun mas en el golfo de Caifá: los buques que se refugian y echan el ancla en ella, para evitar los temporales, en un fondo de arena poco sólido, se ven con frecuencia arrojados á la costa, como lo atestiguaban demasiado á nuestra vista tristes y pintorescos despojos; la playa entera está rodeada de cascotes de buques perdidos, sepultados en la arena; algunos muestran todavía su alta proa destrozada donde las aves marinas hacen sus nidos; muchos tienen solamente sus mástiles fuera de la arena; estos árboles inmóviles y sin follaje se parecen á aquellas cruces fúnebres que clavamos sobre las cenizas de los que ya no existen; algunos hay que tienen todavía sus vergas y sus jarcias, enmohecidas por el vapor salino del mar, colgando alrededor de los palos. Los arabes no osan tocar estas ruinas de los buques naufragos; es preciso que el tiempo y las tempestades del invierno se encarguen solos de llevar á cabo sus degradaciones, ó que la arena los vaya sepultando de dia en dia. Allí vimos, como en casi todos los otros mares de Siria, como los arabes cogen el pescado:—un hombre, llevando en la mano una pequeña red recogida, levantada encima de su cabeza y pronta á ser lanzada, se adelanta algunos pasos en el mar, y escoge la hora y el sitio en que el sol esta á sus espaldas é ilu-

mina las aguas sin deslumbrarle; así espera las olas que vienen, agolpandose, á estrellarse á sus piés en el escollo ó en la arena; lanza una mirada, penetrante y ejercitada en cada espuma, y si ve que trae pescado, tira su red en el momento mismo en que aquella se rompe y se llevaria lo que trae con su reflujo; la red cae, la ola se retira, y el pescado queda cogido.

Es preciso que la mar esté algo picada para que se verifique esta pesca en las costas de Siria; cuando la mar está en bonanza, el pescador no descubre nada en ella; las olas no son transparentes sino cuando se alzan al sol en la superficie del mar.

El hedor de los campos de batalla nos anuncia la cercanía de Acre, de cuyos muros no estábamos ya mas que á un cuarto de hora. Acre es un monton de ruinas; los cimborios de las mezquitas están acribillados, las murallas presentan inmensas brechas, las torres están derruidas en el puerto; acababa de sufrir un sitio de un año y los cuarenta mil héroes de Ibrahim acababan de tomarla por asalto.

En Europa se conoce mal la política del Oriente; se la suponen designios y no tiene mas que caprichos; planes, y no tiene mas que pasiones; un porvenir, y no tiene mas que el dia en que vive y el siguiente. Se ha visto en la agresion de Mehe-

met—Alí la premeditacion de una larga y progresiva ambicion, y no ha sido mas que un efecto del impulso de la fortuna que, paso a paso, le ha llevado casi involuntariamente hasta hacer titubear el trono de su señor, y conquistar una mitad de su imperio; un nuevo azar puede llevarle todavia mas adelante.

Veamos como nació el altercado;—Abdalla, bajà de Acre, mozo inconsiderado, elevado al gobierno de Acre por un capricho del favor y de la casualidad, se rebeló contra el Gran-Señor; vencido, imploró la proteccion del bajà de Egipto, que habia comprado su perdon del divan. Abdalla, olvidando en breve la gratitud que debia a Mehemet, se negó á cumplir ciertas condiciones juradas en la época de su desgracia. Ibrahim marcha contra él para obligarle á cumplirlas; encuentra en Acre una resistencia imprevista; su cólera se irrita; pide á su padre nuevas tropas; llegan, y de nuevo son rechazados. Mehemet—Alí se cansa y llama á su hijo con vivas instancias; el amor propio de Ibrahim resiste, y quiere morir bajo los muros de Acre ó someterla á su padre. Derriba en fin, á fuerza de hombres sacrificados, las puertas de la ciudad; Abdalla, prisionero, espera su sentencia de muerte; Ibrahim le llama á su tienda; le dirige algunos amargos sarcasmos, y le envia á Alejandria. En vez del cordon ó del sable, Mehemet Alí le envia su caballo, le hace entrar en triunfo,

le hace sentarse á su lado en el divan, le dirige elogios por su valor y lealtad al sultan, y le da un pasaporte, esclavos é inmensas rentas.

Abdalla merecia este tratamiento por su valor; encerrado en Acre con tres mil osmanlis, habia resistido un año á todas las fuerzas de Egipto por tierra y por mar; la fortuna de Ibrahim, como la de Napoleon, habia titubeado delante de aquel escollo; si el Gran Señor, solicitado en vano por Abdalla, le hubiera enviado algunas tropas á tiempo, ó hubiera solamente lanzado á los mares de Siria dos ó tres de aquellas hermosas fragatas que duermen inútiles al ancla delante de las caiques del Bósforo, Ibrahim estaba perdido, y hubiera tenido que volverse á Egipto con la conviccion de la impotencia de su cólera; pero la Puerta fué fiel á su sistema de fatalidad y dejó efectuarse la ruina de su bajà. Cayó el baluarte de la Siria, y cuando se despertó el divan, ya era tarde. Sin embargo, Mehemet—Alí escribia á su general que volviese; pero este, hombre de valor y de aventuras, quiso probar hasta el fin la debilidad del sultan y su propio destino, y avanzó. Dos brillantes y mal disputadas victorias, la de Homs en Siria y la de Kouia en el Asia Menor, le hicieron dueño absoluto de la Arabia, de la Siria y de todos aquellos reinos de Ponto, de Bitinia y de la Capadocia, que son hoy la Caramania. Todavia podia la Puerta cortarle la retirada, y, desembarcando tropas á sus

espaldas, recobrar las ciudades y provincias donde no podia dejar guarniciones suficientes; un cuerpo de seis mil hombres, colocado por ella en los desfiladeros del Tauro y de la Siria, haciendo de Ibrahim y de su ejército una presa segura, le perdía en medio de sus victorias: la armada turca era infinitamente mas numerosa que la de Ibrahim, ó por mejor decir, la Puerta tenia una armada inmensa y magnífica, é Ibrahim no tenia mas que dos ó tres fragatas; pero desde el principio de la campaña, Kalil-Bajá, jóven afeminado, favorito del gran Señor, y nombrado por él capitán-bajá, se retiró del mar delante de las flacas fuerzas de Ibrahim; yo le ví, con mis propios ojos, dejar la rada de Rodas y encerrarse en la Marmoriza, en la costa de Caramania, en el fondo del golfo de Macri. Una vez metido con sus buques en aquel puerto cuyo canalizo es prodigiosamente angosto, Ibrahim, con dos buques, podia impedirle salir de él. No volvió á salir en efecto, y todo el invierno, durante el cual fueron mas importantes y decisivas que nunca las operaciones militares en las costas de Siria, las naves de Ibrahim recorrieron solas aquellas mares y le llevaron sin obstáculo refuerzos y municiones; y sin embargo Kalil-Bajá no era traidor ni cobarde, pero así van las cosas de un pueblo que permanece inmóvil cuando todo progresa en derredor de él; la fortuna de las naciones es su genio; el genio de los musulmanes tiembla ahora delante del úl-

timo de sus bajás. Bien conocido es el resto de aquella campaña que recuerda la de Alejandro; Ibrahim es incontestablemente un héroe, y Mehmet-Alí un grande hombre, pero toda su fortuna estriba sobre sus dos cabezas; en llegando á faltar esos dos hombres, se acabó el Egipto, se acabó el imperio árabe, se acabaron los Macabeos para el islamismo, y el Oriente vuelve á ser presa del Occidente por efecto de aquella invencible ley de las cosas que lleva el dominio adonde está la luz.

La misma fecha.

La arena que ciñe el golfo de San Juan de Acre iba siendo cada vez mas fétida: ya empezábamos á ver huesos de hombres, de caballos, de camellos, arrastrados á la playa, y blanqueando al sol, lavados por la espuma de las olas. A cada paso, aquellos despojos hacinados se multiplicaban á nuestra vista: pronto toda la cenefa del mar, entre la tierra y los arenales, pareció cubierta de ellos, y el ruido de las pisadas de nuestros caballos espantaba y hacia huir á cada instante bandadas de perros, de horribles chacales y de aves de rapiña, ocupadas hacia dos meses en roer los restos de un horrible festin que les habia preparado el cañon de Ibrahim y de Abdalla. Unos se llevaban en su fuga miembros de hombres mal